

ejecutar sus vastos proyectos. Fiel á su costumbre, publicó una enérgica proclama á fin de aumentar el entusiasmo de sus soldados, si era posible que tuvieran más, y el 20 ventoso del año v (10 marzo 1797), con un frío riguroso y varios pies de nieve en las montañas, puso en movimiento toda su línea. Massena comenzó sus operaciones contra el cuerpo del centro, rechazóle hacia Feltre, Bellune y Cadore, le hizo unos mil prisioneros, entre los cuales se contaba el general Lusignán, bajó á Spilimbergo y se aventuró en las gargantas del Ponteba, que preceden al desfiladero de Tarwis.

Bonaparte avanzó sobre el Piava con tres divisiones: la de Serrurier, que se había distinguido delante de Mantua; la de Augereau, confiada actualmente al general Gueux, en ausencia de aquel jefe, que había ido á llevar banderas á París, y la división Bernadotte, llegada del Rhin. Esta última contrastaba, por su sencillez y aspecto severo, con el veterano ejército de Italia, enriquecido en las magníficas llanuras que conquistó y compuesto de meridionales intrépidos, fogosos é intemperantes. Los soldados de Italia, orgullosos de sus victorias, burlábanse de los que llegaron del Rhin, y les llamaban *el contingente*, aludiendo á los contingentes de los círculos que en los ejércitos del emperador cumplían perezosamente su deber. Los soldados del Rhin, envejecidos en el servicio de las armas, estaban impacientes por demostrar su valor á sus rivales en gloria; ya se habían cruzado algunos sablazos con motivo de estas burlas, y esperábase impacientemente la hora de dar una prueba ante el enemigo.

El 23 (13 marzo) las tres divisiones cruzaron el Piava sin incidente: sólo un hombre estuvo á punto de ahogarse; pero una cantinera le salvó arrojándose á nado. Bonaparte regaló á esta mujer un collar de oro. Las vanguardias enemigas se replegaron, yendo á buscar un refugio detrás del Tagliamento. Todas las tropas del príncipe Carlos, diseminadas en el Friul, se habían reunido para disputar el paso: los dos jóvenes adversarios iban á encontrarse en presencia uno de otro: el uno, salvando la Alemania por un pensamiento feliz, alcanzó el año anterior una gran reputación; valeroso y exento de las rutinas alemanas, dudaba, no obstante, del éxito y temía mucho por su gloria. El otro había asombrado á Europa por la fecundidad y audacia de sus combinaciones, y no temía nada en el mundo. Modesto hasta Lodi, no creía ya que ningún genio pudiera igualar al suyo ni soldado alguno al soldado francés.

El 26 ventoso (16 marzo), por la mañana, Bonaparte dirigió sus tres divisiones por Valvasona hacia las orillas del Tagliamento. Este río, cuyo lecho está mal trazado, se precipita desde los Alpes sobre pedregales, dividiéndose en una infinidad de brazos, vadeables todos ellos. El ejército austriaco se hallaba desplegado en la otra orilla, barriendo con su fuego la superficie del río y con su magnífica caballería formada en las alas para maniobrar en aquellas llanuras tan favorables para las evoluciones.

Bonaparte dejó la división Serrurier como reserva en Valvasona, dirigiendo las de Gueux y Bernadotte, la primera por la izquierda, dando frente al pueblo de Gradisca, donde estaba alojado el enemigo; y la segunda por la derecha, frente á Godroipo.

El cañoneo comenzó al punto, y hubo algunas esca-

ramuzas de caballería en los pedregales, pero viendo Bonaparte que el enemigo estaba muy preparado, fingió dar descanso á sus tropas, mandó que cesara el fuego, y dió orden para que sacaran el rancho. Engañado el enemigo, creyó que las divisiones habiendo caminado toda la noche harían alto para descansar; pero á mediodía, manda Bonaparte de pronto tomar las armas; la división Gueux se forma á la izquierda, la de Bernadotte á la derecha, y se preparan los batallones de granaderos. A la cabeza de cada división va la infantería ligera, dispuesta á dispersarse en guerrillas: siguen los granaderos que deben cargar, y los dragones para apoyarles. Las divisiones están desplegadas detrás de estas dos vanguardias; cada media brigada tiene su primer batallón extendido en línea, y los otros dos replegados en columna cerrada sobre las alas del primero, debiendo la caballería maniobrar en las alas. El ejército avanza así hacia las orillas del río, y marcha al combate con el mismo orden é igual tranquilidad que si se tratase de una parada.

El general Dammartin por la izquierda y el general Espinasse por la derecha mandan acercar su artillería; dispérsase la infantería ligera, y cubre las orillas del Tagliamento una nube de tiradores, en cuyo momento da Bonaparte la señal. Los granaderos de las dos divisiones penetran en el agua, apoyados por escuadrones de caballería, y avanzan contra la orilla opuesta. «¡Soldados del Rhin, grita Bernadotte, el ejército de Italia os contempla!» Por ambos lados se precipitan las tropas con igual bravura, caen sobre el enemigo y le rechazan en todas partes. Sin embargo, el príncipe Carlos había situado una considerable fuerza de infantería en Gradisca, hacia nuestra izquierda; y su caballería estaba sobre nuestra ala derecha para dar una carga aprovechándose de la llanura. El general Gueux ataca á Gradisca con furia á la cabeza de su división, y toma este punto; mientras Bonaparte destaca su reserva de caballería hacia nuestra ala amenazada, precipitándola, á las órdenes del general Duga y del ayudante general Kellermann, contra la caballería austriaca. Nuestros escuadrones atacan con acierto é impetuosa, hacen prisionero al general de la caballería enemiga y derrotan á ésta. En toda la línea queda libre el Tagliamento, y el enemigo se declara en fuga. Tenemos de cuatrocientos á quinientos prisioneros, y como el terreno es enteramente llano, no se puede hacer mayor número.

Tal fué la jornada del 26 ventoso (16 marzo), llamada batalla del Tagliamento. Massena entretanto, situado en la calzada del centro, atacaba á Osopo, apoderándose de las gargantas del Ponteba y rechazando hacia Tarwis los restos de las divisiones Lusignán y Orkscaj.

El archiduque Carlos comprendía que para guardar la calzada de Carniola y cubrir á Trieste iba á perder la de Carintia, que era la más directa y corta y la que Bonaparte quería seguir para marchar sobre Viena. La calzada de Carniola comunica con la de Carintia y el desfiladero de Tarwis por un camino transversal que sigue el valle del Isonzo. El archiduque Carlos dirige la división Bayalitsch por esta vía hacia Tarwis, á fin de adelantarse á Massena si es posible, y se retira después con el resto de sus fuerzas sobre Friul para disputar el paso del bajo Isonzo. Bonaparte le sigue y apoderase de Palma Nova, plaza veneciana que el archiduque había

ocupado, y que contenía considerables almacenes; después marcha sobre Gradisca, ciudad situada delante del Isonzo, y llega el 29 ventoso (19 marzo). La división Bernadotte avanza contra Gradisca, poco fortificada, aunque defendida por tres mil hombres; mientras Bonaparte dirige la división Serrurier por un poco más abajo para pasar el Isonzo y cortar la retirada á la guarnición. Sin esperar el resultado de esta maniobra, Bernadotte intima á la plaza la rendición; el comandante rehusa; los soldados del Rhin piden el asalto, á fin de entrar antes que los de Italia; y precipítanse sobre los atrinchamientos; pero una lluvia de balas y de metralla deja á más de quinientos fuera de combate. Por fortuna, la maniobra de Serrurier pone término á la lucha: los tres mil hombres de Gradisca entregan las armas con banderas y cañones.

Entretanto Maesena había llegado por fin al desfiladero de Tarwis, y después de un combate bastante reñido, apoderóse de este paso de los Alpes. La división Bayalitsch, encaminada á través de las fuentes del Isonzo á fin de adelantarse á Massena en Tarwis, iba pues á encontrar la salida cerrada; el archiduque Carlos, previendo este resultado, deja el resto de su ejército en el camino de Friul y de Carniola, con orden de ir á reunirse con él detrás de los Alpes, en Klagenfurth, y después corre á Villach, donde llegaban numerosos destacamentos del Rhin, á fin de atacar á Tarwis, desalojar á Massena, y dejar libre el camino para la división Bayalitsch. Bonaparte encarga á Bernadotte la persecución de las columnas que se retiraban á Carniola, y con las divisiones Gueux y Serrurier comienza á picar la retaguardia de la división Bayalitsch á través del valle del Isonzo.

El príncipe Carlos, después de haber reunido detrás de los Alpes los restos de Lusignán y de Orkscaj, que habían perdido el desfiladero de Tarwis, los refuerza con seis mil granaderos, los mejores y más intrépidos soldados del emperador, y ataca de nuevo la posición de Tarwis, donde apenas había dejado Massena más que un destacamento; consigue recobrarla, y sitúase allí con las columnas de Lusignán y de Orkscaj y los seis mil granaderos. Massena reúne toda su división para tomar otra vez á Tarwis, pues ambos generales conocen la importancia de este punto. Posesionado de él, el ejército francés era dueño de los Alpes, y apoderábase de toda la división Bayalitsch. Massena se precipita sin vacilar, y según costumbre, á la cabeza de su brava infantería; el príncipe Carlos no se prodiga menos que el general republicano, y expónese varias veces á ser cogido por nuestros tiradores. El desfiladero de Tarwis está en el más alto de los Alpes Nóricos y domina la Alemania. Peleábase entre las nubes, en medio de la nieve y en llanuras de hielo; y víéronse caer filas enteras de caballería en aquel espantoso campo de batalla. Por último, después de haber dado hasta su último batallón, el archiduque Carlos abandona á Tarwis á su tenaz enemigo, viéndose obligado á sacrificar la división Bayalitsch. Dueño ya de Tarwis, Massena marcha contra dicha división, que llegaba entonces, y atácala de frente, mientras la hostigan por retaguardia las divisiones Gueux y Serrurier, reunidas á las órdenes de Bonaparte. Esta división no tiene más remedio que rendirse prisionera: muchos soldados, naturales de Carniola y de

Croacia, huyen á través de las montañas arrojando sus armas; pero quedan cinco mil en poder de los franceses, con todos los bagajes, administración y parques del ejército austriaco, que habían seguido aquel camino. Bonaparte había, pues, llegado en quince días á la cima de los Alpes, realizando así completamente su objeto en el punto que dominaba.

En el Tirol, Joubert había justificado la confianza que en él se tuvo, empeñando combates gigantescos. Laudon y Kerpen ocupaban las dos orillas del Adige: Joubert los había atacado y batido en San Miguel, matándoles dos mil hombres y cogiéndoles tres mil; después los persiguió sin descanso hasta Neumark y Tramin, hízoles dos mil prisioneros más, rechazó á Laudon por la izquierda del Adige al valle del Meran, y á Kerpen á la derecha hasta la falda del Brenner. Reforzado este último jefe en Clausen con la primera división del Rhin, fué batido de nuevo, y reforzado después en Mittenwald con la segunda, derrotaronle por tercera vez, obligándole á retirarse por fin más allá del Brenner. Después de haber despejado así el Tirol, Joubert giró sobre su derecha, encaminándose á través del Pusterthal para reunirse con su general en jefe. Era el 12 germinal (1.º abril), y ya se había hecho Bonaparte dueño de la cima de los Alpes; tenía cerca de veinte mil prisioneros, é iba á incorporarse á Joubert y Massena con su principal cuerpo de ejército para marchar sobre Viena á la cabeza de cincuenta mil hombres. Derrotado su adversario, esforzábese por agrupar sus restos y reunirlos á las tropas que llegaban del Rhin. Tal era el resultado de aquella marcha precipitada y audaz.

Pero mientras Bonaparte obtenía estos rápidos resultados, efectuábase á su espalda todo cuanto había previsto y temido. Las provincias venecianas, poseídas del espíritu revolucionario, acababan de sublevarse, proporcionando así al gobierno veneciano un pretexto para desplegar considerables fuerzas y estar en disposición de agobiar al ejército francés si era derrotado. En las provincias de la orilla derecha del Mincio predominaba más el espíritu revolucionario, por efecto de la inmediatez de Lombardía; en las ciudades de Bérgamo, Brescia, Saló y Crema hallábanse muchas grandes familias, para las cuales era insoportable el yugo de la nobleza del Libro de oro, y que apoyadas por una numerosa clase media formaban partidos numerosos. Si hubiera seguido los consejos de Bonaparte, abriendo las páginas del Libro de oro para introducir algunas modificaciones en la antigua constitución, el gobierno de Venecia habría desarmado al partido temible que se formó en todas las provincias de tierra firme; pero la ceguedad ordinaria de todas las aristocracias impidió todo arreglo, haciendo inevitable una revolución. La parte que en ella tomaron los franceses es fácil de determinar, á pesar de todos los absurdos inventados por el odio y repetidos por la necesidad.

El ejército de Italia se componía de revolucionarios meridionales, es decir, fogosos; y en todas sus relaciones con los súbditos venecianos, no era posible que no les comunicasen su espíritu, excitando la rebelión contra la más odiosa de las aristocracias europeas; pero esto era inevitable, y no estaba en la mano del gobierno ni de los generales franceses impedirlo. En cuanto á las intenciones del Directorio y de Bonaparte, eran claras: el pri-



mero deseaba la caída natural de todos los gobiernos italianos; pero hallábase resuelto á no tomar ninguna parte activa; y en cuanto á lo demás confiaba del todo en Bonaparte respecto á la dirección de las operaciones políticas y militares en Italia. Por lo que hace al general francés, necesitaba demasiado la unión, el reposo y amigos á sus espaldas para que pensara en revolucionar á Venecia. Más le convenia una transacción entre los dos partidos; pero rehusada ésta y nuestra alianza, proponíase exigir á su regreso lo que no había podido obtener por la dulzura. Sin embargo, no quería intentar nada por el momento; había expresado á su gobierno terminantemente cuáles eran sus intenciones sobre el asunto, y dió á Kilmaine la orden más formal de no tomar parte alguna en los acontecimientos políticos, manteniendo la neutralidad cuanto le fuese posible.

Las ciudades de Bérgamo y Brescia, que eran las más bulliciosas de tierra firme, estaban en comunicación con Milán, y en todas partes formaban juntas revolucionarias secretas, que estuvieran en correspondencia con los patriotas milaneses, y les pedían ayuda para sacudir el yugo de Venecia. Las victorias de los franceses hacían indudable la definitiva expulsión de los austriacos, de modo que quedaban vencidos los defensores de la aristocracia; y aunque los franceses afectasen neutralidad, era evidente que no emplearían sus armas en volver á imponer el yugo á los pueblos que lo hubieran sacudido. Todos aquellos que se sublevaban parecía que debían quedar ya libres, y tales eran los raciocinios de los italianos. Los habitantes de Bérgamo, más inmediatos á Milán, preguntaron secretamente á los corifeos de este punto si podían contar con su apoyo y con el auxilio de la legión lombarda, mandada por Lahoz. El podestá de Bérgamo, Ottolini, el mismo que, fiel agente de los inquisidores de Estado, daba dinero y armas á los paisanos y montañeses, tenía varios espías entre los patriotas de Milán, y por ellos averiguó el plan que se fraguaba, y se enteró de los nombres de los principales habitantes de Bérgamo comprendidos en la revolución. Apresuróse á enviar un correo á Venecia con nota de estos nombres para que los inquisidores de Estado dictasen su prisión; mas los habitantes de Bérgamo, avisados del peligro, atajaron al portador del pliego, le detuvieron y publicaron los nombres de los que estaban iniciados. Este suceso aceleró el resultado; pues el día 11 de marzo, en el momento mismo en que Bonaparte marchaba á Pavia, empezó el alboroto en Bérgamo. El podestá Ottolini prorumpió en amenazas que fueron desoídas, y el comandante francés, puesto por Bonaparte con una guarnición en el castillo para estar á la mira de los movimientos de los montañeses de Bérgamo, redobló su vigilancia y reforzó todos los puntos. Invocaron su auxilio por una y otra parte; mas él respondió que no podía mezclarse en las disensiones de los súbditos venecianos con su gobierno, añadiendo que había reforzado sus puntos sólo por precaución y para la seguridad de la plaza que le estaba encomendada. Con cumplir estas órdenes y permanecer neutral, hacía mucho bien á los bergamascos. Reuniéronse éstos al día siguiente, 12 marzo, formaron un ayuntamiento interino, declarando libre la ciudad de Bérgamo y expulsando de ella al podestá Ottolini, que se retiró con las tropas venecianas. Inmediatamente enviaron á Milán una manifestación para obtener el apoyo

de los lombardos. El incendio debía cundir prontamente á Brescia y demás pueblos inmediatos; en su consecuencia, apenas se hubieron pronunciado, los de Bérgamo mandaron á Brescia una diputación, cuya presencia bastó para conmovier á aquellos habitantes. Hallábase en Brescia el veneciano Bataglia que tan juiciosos pareceres había emitido en las deliberaciones del senado; y no creyendo poder resistir, se retiró inmediatamente. La revolución de esta ciudad se verificó el 13 de marzo, y cundió el fuego por la falda de las montañas, comunicándose á Saló, donde se efectuó también el levantamiento por la llegada de los bergamascos y brescianos, la retirada de las autoridades venecianas y la vista de las guarniciones francesas, que aunque permanecían neutrales, su mismo silencio daba gozosa esperanza á los sublevados. Esta rebelión del partido patriota en los pueblos debía determinar naturalmente la del partido contrario en las montañas y por los campos. Los montañeses y paisanos, armados de antemano por Ottolini, acudieron á la señal de los capuchinos y otros frailes, que fueron predicando por los pueblos, y se prepararon al saqueo de las ciudades insurreccionadas y al degüello, en caso posible, de los franceses. Desde entonces los generales de éstos no podían permanecer ociosos por más que anhelasen mostrarse neutrales, pues conocían sobradamente las intenciones de los montañeses y paisanos para dejarles tomar las armas, y sin querer apoyar á ningún partido se veían precisados á intervenir y reprimir las tentativas de los que abriganaban y revelaban encono contra ellos. Kilmaine mandó inmediatamente al general Lahoz, jefe de la legión lombarda, marchar hacia las montañas para oponerse al armamento; y aunque no debía ni trataba de entorpecer las operaciones de las tropas venecianas regulares, si se empujaban contra los puntos sublevados, no quería tampoco sufrir una sublevación cuyos resultados serían incalculables en el caso de un contratiempo en Austria. Envió, pues, sin perder un instante, correos á Bonaparte, é hizo que la división de Víctor, que regresaba de los Estados Pontificios, acelerase su marcha.

El gobierno de Venecia, como todos los gobiernos preocupados, que no quieren evitar el daño accediendo á lo más indispensable, se alarmó con estos sucesos como si lo hubiesen cogido desprevenido. Mandó salir inmediatamente á las tropas que hacía mucho tiempo estaba reuniendo, y las dirigió á las ciudades de la orilla derecha del Mincio. Penetrado al propio tiempo de que los franceses eran el secreto resorte que tocar, acudió al ministro de Francia Lallemand para saber si en tan extremo peligro podía contar la república de Venecia con la amistad del Directorio. La respuesta del ministro fué sencilla y cual su posición requería: declaró que ninguna instrucción tenía de su gobierno para semejante caso, y era muy cierto; pero añadió que si el gobierno veneciano se avenía á hacer en la constitución las modificaciones que los tiempos reclamaban, creía que Francia le sostendría desde luego. Lallemand no podía dar otra respuesta; porque si Francia había ofrecido á Venecia su alianza contra las demás potencias, nunca se la prometió contra sus propios súbditos, ni podía hacerlo sino bajo la condición de que el gobierno adoptase cuerdos y razonables principios.

Deliberó el Gran Consejo de Venecia sobre la res-

puesta de Lallemand, pues hacía algunos siglos que no se había hecho públicamente la proposición de alterar la constitución. De doscientos votos no consiguió más que cinco, y cincuenta se declararon por una resolución enérgica, pero ciento ochenta se pronunciaron por una reforma lenta, sucesiva y diferida á tiempos más tranquilos; es decir, por una determinación evasiva. Resolvieron enviar inmediatamente dos diputados á Bonaparte para penetrar sus intenciones y demandarle apoyo, y al efecto se valieron de uno de sus letrados de tierra firme, J. B. Cornaro, y del famoso procurador Pezaro, á quien ya hemos visto algunas veces en presencia del general.

Los correos de Kilmaine y los enviados venecianos alcanzaron á Bonaparte en el momento en que sus atrevidas maniobras le habían asegurado la línea de los Alpes, abriéndole los Estados hereditarios. Hallábase en Gorizia, ocupado en arreglar la capitulación de Trieste, y supo allí con verdadero pesar los acontecimientos que ocurrían á su espalda; se comprenderá que así fuese, si se reflexiona cuán audaz y peligrosa era su marcha sobre Viena. Por lo demás, sus despachos al Directorio demuestran cuanto era su dolor; y los que han dicho que no expresaba su verdadero pensamiento en aquellas comunicaciones, dan pruebas de poco criterio, pues no procuraba ocultar sus ardidés contra los gobiernos italianos. Sin embargo, ¿qué podría hacer en medio de semejantes circunstancias? No era generoso en él reprimir por la fuerza al partido que proclamaba nuestros principios, que agasajaba y acogía á nuestros ejércitos, para asegurar el triunfo del que estaba dispuesto, en caso de un descalabro, á aniquilar dichos principios y nuestras tropas. En su consecuencia, resolvió aprovechar aún aquella circunstancia para obtener de los enviados de Venecia las concesiones y auxilios que no pudo conseguir antes. Recibió á los dos enviados políticamente, y dióles audiencia el 5 germinal (25 marzo). «Armarme yo contra mis amigos, dijo, contra aquellos que nos acogen y quieren defendernos, en favor de mis adversarios, de los que nos aborrecen y quieren asesinarlos, es una cosa imposible. Esa cobardía política se halla tan lejos de mi corazón como de mis intereses. Jamás prestaré mi auxilio contra los principios á que obedeció Francia para hacer su revolución y á los cuales debo en parte mis victorias; pero os ofrezco una vez más mi amistad y mis consejos. Alíaos francamente con Francia, adoptad sus principios, introducid modificaciones indispensables en vuestra constitución y entonces respondo de todo. Sin valerme de una violencia imposible de parte mía, obtendré por mi influjo sobre el pueblo italiano, y por la seguridad de un régimen más razonable, el restablecimiento del orden y de la paz. Este resultado os conviene á vosotros tanto como á mí.» Aquel lenguaje, que era sincero y cuya sabiduría no es necesario demostrar, no convenia á los enviados venecianos, sobre todo á Pezaro; no era esto lo que ellos querían; deseaban que Bonaparte les restituyese las fortalezas ocupadas por precaución en Bérgamo, Brescia y Verona; que tolerase el armamento del partido fanático contra el partido patriota, y permitiese así los preparativos de una nueva Vendée á su espalda. No era este el medio de entenderse; y Bonaparte, que tenía el genio vivo, trató muy mal á los dos enviados, recordán-

doles el proceder de los venecianos con el ejército francés; declaróles que conocía sus disposiciones secretas y sus proyectos, pero que estaba preparado y que tenía un ejército en Lombardía para vigilar. La conferencia se agrió, pasando de esta cuestión á la de los abastecimientos. Venecia había proporcionado víveres al ejército francés, pues dió motivo á Bonaparte para exigirlos por el mero hecho de haber abastecido al ejército austriaco; pero los venecianos no querían alimentarle ya á sus expensas, puesto que Bonaparte se había trasladado á los Estados hereditarios. El general francés no estaba dispuesto á transigir en este punto, porque no era su ánimo pedir nada á los habitantes de Austria, cuya buena voluntad quería granjearse.

Los contratistas secretamente encargados por el gobierno veneciano de abastecer al ejército habían dejado de hacerlo; de modo que fué preciso apelar á las requisas en los Estados venecianos. «Este medio es vicioso, dijo Bonaparte, porque perjudica al habitante, dando lugar á escandalosas dilapidaciones; dadme un millón al mes mientras dure esta campaña, la cual no puede ser larga, y la república os agradecerá más esa suma que todo cuanto obtenga por las requisas. Por otra parte, habéis mantenido á todos mis enemigos, proporcionándoles un refugio, y me debéis la reciprocidad.» Los enviados contestaron diciendo que el Tesoro estaba exhausto. «Si está, repuso Bonaparte, buscad el del duque de Módena, que habéis ocultado en detrimento de mis aliados los modeneses; tomad de las propiedades de los ingleses, de los rusos, de los austriacos y de todos mis enemigos, que conserváis en depósito.»

Separáronse enojados; y al día siguiente se celebró otra entrevista. Bonaparte, más tranquilo, renovó todas sus proposiciones; mas Pezaro no hizo nada para satisfacerle, prometiendo sólo manifestar al senado todas sus demandas. Entonces, Bonaparte, que no podía ya reprimir su irritación, cogió á Pezaro del brazo y le dijo: «En cuanto á lo demás, os observo y os advino; ya sé lo que me preparáis; pero tened cuidado. Si mientras estoy empeñado en una lejana empresa asesináis á mis enfermos, atacáis mis depósitos y amenazáis mi retirada, habréis consumado vuestra ruina. Lo que podría disimular mientras me hallo en Italia, sería un crimen imperdonable estando ya en Austria; si tomáis las armas decidiréis mi pérdida ó la vuestra. Reflexionad, y no expongáis al león valetudinario de San Marcos á los golpes de un ejército afortunado, que hallaría en sus depósitos y hospitales con qué franquear vuestras lagunas y destruirlos.» Este lenguaje enérgico atemorizó á los enviados venecianos, aunque sin convencerlos; y acto continuo escribieron el resultado de esta conferencia. Bonaparte envió también una carta á Kilmaine, dándole orden de redoblar su vigilancia, castigar á los comandantes franceses si traspasaban los límites de la neutralidad y desarmar á todos los montañeses y paisanos.

Tan adelantados estaban los acontecimientos, que era imposible impedirlos. La insurrección de Bérgamo había ocurrido el 22 ventoso (12 de marzo), la de Brescia el 27 (17 de marzo), y la de Saló el 4 germinal (24 de marzo). El 9 germinal (28 de marzo) la ciudad de Crema se pronunció en rebelión, y las tropas francesas se hallaron forzosamente comprometidas. Un destaca-